

no solamente para vuestra gloria; sino mas bien para gloria de María, para gloria de Jesús, y para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XV.

De la gloria de Señor San José, en el cielo.

EL verdadero cristiano, desterrado en este valle de lágrimas, y lejos del cielo su patria, no cesa nunca de dirigir los dardos encendidos de sus deseos hácia la mansión en donde le esperan los ángeles y los bienaventurados. A veces parece que encuentra placer como el resto de los hombres, en mirar al pasar los objetos terrenos y groseros que le rodean; y al verlo usar, aunque moderadamente de las riquezas y de los bienes de esta vida, imaginanse los impíos haberlo ganado por sus discursos, y obligádolo al fin á pensar como ellos. Mas sin embargo, aun cuando toque de paso alguno de los bienes de esta tierra, el verdadero cristiano se aplica asiduamente á no descansar allí por una culpable negligencia; sino que siempre mirá adelante, y siempre dirige

sus ojos hácia el cielo en donde ha colocado ya todo su tesoro.

Terminemos pues, todo este libro, ensayando el hacer anticipadamente, como un viaje á la bienaventurada Patria, en donde nos espera nuestro Padre Señor San José, para hacernos sentar á su lado, en el gozo de su Señor. Que en medio de las incertidumbres y de los peligros de esta vida, sea nuestro consuelo el considerar incesantemente los grandes bienes que nos están prometidos, y los esplendores inefables entre los cuales reina desde ahora el humilde Santo cuyas excelencias nos hemos esforzado en manifestar. Que la contemplación de la felicidad que goza al lado de Jesús y de María, sirva para hacernos olvidar todas las tristezas y los dolores que nos oprimen. Que la vista de su dicha nos siga por todas partes, en todas las acciones de nuestra vida, obligándonos á levantar incesantemente nuestro pensamiento y nuestro corazón hácia el cielo.

La primera y la principal felicidad de los bienaventurados, consiste en la visión clara y sin velos de la Esencia divina, en la cual están encerrados todos los bienes. Poned junta toda la hermosura que han poseído y que poseerán todas las diversas criaturas; todo el

esplendor material de los campos que nos rodean, y toda la brillantez del sol y de todos los astros; añadid todas las puras luces que la presencia de Jesús hace levantar como una magnífica aurora en el fondo secreto de las almas, y todas los ardores que sabe encender el Espíritu Santo en los corazones que posee con imperio: juntad también á los innumerables ejércitos de los santos que han nacido en la tierra, todos esos Angeles que se agrupan por millones al pié del trono del Eterno; multiplicad cien veces, y mil, cada una de esas perfecciones creadas, ya tan bellas. . . . Pues bien, no habeis hecho nada todavía para representaros ni aun de léjos, la grandeza y la hermosura del Dios vivo.

Y sin embargo, (lo creemos así y lo confesamos como uno de los artículos de fé que la Iglesia nos impone,) los cristianos, si no pierden su corona, verán, sin intermediario y sin velos esta divina Esencia, en la cual están contenidos todos los bienes y todas las hermosuras. ¡Oh liberalidad sin igual del Señor, Creador de todas las cosas! ¡Oh magnificencia inagotable de este amor infinito que quiere hacernos sumamente dichosos, y que puede todo lo que quiere! Así como el sol cuando ha pasado el reino de la noche, se levanta

sobre la tierra y la inunda amorosamente con sus rayos, llevando por todas partes consigo el movimiento, el calor y la vida, así *Dios se levantará sobre nuestras almas*, (1) para vivificarlas por su santísima presencia, para llenarlas de su luz y para penetrarlas y traspasarlas con su amor.

Puede ser que hayamos conocido algo de lo que se llama: *alegrías humanas*. Habremos visto en nosotros mismos, ó cerca de nosotros, ó quizá en las relaciones de la historia, el entusiasmo del artista que contempla una de las obras maestras de su arte; ó la felicidad de la madre que vuelve á encontrar al hijo á quien creía arrancado para siempre á su ternura; el enagenamiento del filósofo que descubre una idea grande y fecunda; conocemos todas estas felicidades y otras mil semejantes: podemos abrazarlas y comprenderlas, y conocer lo que son y lo que valen. Mas ¿quién podrá, viviendo en medio de nosotros, entre las frias sombras en que está sumergida la tierra por los pecados, columbrar alguna cosa de la resplandeciente luz que encontraremos en la patria? ¿Quién podrá conjeturar ni aun

(1) Super te Jerusalem orietur Dominus. (R. Breve ad Nonam, in Adventum.)

remotamente, los ímpetus y los gritos de amor que se elevarán por una expansión repentina de esta alma á la cual descenderá el Dios de gloria, de esta alma á quien Dios querrá rejuvenecer y divinizar por su contacto? Sobre todo, ¿quién sabrá traducir en el lenguaje de los hombres, unas verdades tan sublimes, y encontrar entre las expresiones humanas, palabras que puedan referir y pintar los bienes que *el Señor ha reservado á los que le aman?*

Mas ¿quiénes serán entre todos los santos del cielo, los que fijarán con mas fuerza y amor, la mirada de su inteligencia en la hermosura de la divina Esencia? ¿Quiénes serán, entre la multitud de los escogidos, los que penetrarán mas en ese océano de las perfecciones divinas? ¡Ah! no hay duda que en el cielo recibirán una contemplación mas distinta, los que durante esta vida hayan estado mas estrechamente unidos por la luz de la fé, á los misterios, cuya vista clara hace la felicidad de los bienaventurados! Se unirán á Dios mas estrecha y mas íntimamente en la patria, aquellos que en la tierra hayan dirigido mas constantemente hácia á Dios, la mirada de su alma, para buscar en Él solo, el movimiento y la vida, y para encontrar en solo Él, el principio y el fin de cada acción.

Siendo así, ¿cuál deberá ser en el cielo la gloria de Señor San José, este contemplador siempre fiel de la divina Majestad? David, uno de los ilustres antepasados de José, exclamaba ya, lleno de religioso fervor: «He levantado mis ojos á Vos, ¡oh Vos que habitais en los cielos! Como los ojos del siervo están fijos en las manos de su amo; y como los ojos de la sierva están fijos en las manos de su señora; así nuestros ojos están dirigidos hácia el Señor nuestro Dios.» (1) Mas José realizaba con mucha mayor perfección, la atención continua de que hablaba en sus cantos el rey profeta. José, desconfiando siempre de sí mismo, y lleno de la mas sincera humildad; José encargado por el Señor del cuidado de dirigir á Jesucristo en todas las cosas, no cesaba nunca ni un solo instante, de consultar á la divina Majestad, para ser instruido de todas las palabras que tenía que decir, de todos los actos y de todos los movimientos que tenía que cumplir. El amor mas tierno, y no el terror de un temor servil, era el que le impulsaba en este camino de una atención continua. José amaba al Señor su Dios con todas las fuerzas de su alma; temía sumamente desagradarle;

(1) Ps. CXXII.

y para asegurarse de sus voluntades adorables, ponía una vigilancia sin igual en mirarle á cada instante.

¿Cuál será pues en el cielo, ó mas bien, ¿cuál es desde ahora la recompensa de este servidor tan vigilante y tan fiel? y ¿con qué luces tan brillantes no pagará Dios todas esas miradas dirigidas hácia Él, con constancia tan firme, entre los velos de la fé? Todos los santos del cielo contemplan al descubierto la faz resplandeciente de Dios y se refrigeran en paz en este océano de luz, siempre igual y siempre lleno. Pero Señor San José, en medio de esas multitudes numerosas, debe brillar con prerrogativas singulares que no convienen á los otros habitantes de la patria, y que el Señor no comunica sino á él solo.

A la dicha inefable de la *visión beatífica*, juntan los santos también la felicidad que se encuentra en la vista de la Santa Humanidad de Jesucristo. El Evangelio nos lo enseña: «La vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero, y á Jesucristo su enviado.»

(1) Los bienaventurados se acercarán con amor, aunque con un gran respeto á este buen Jesús, que nos ha dado durante su vida mor-

(1) Ex. Joanne., XVII.

tal, tantos testimonios de su invencible ternura. Tocarán los vestidos que le rodean como un manto de gloria. Besarán esas luminosas cicatrices que brillan como rosas purpúras y arrojan en torno suyo una claridad maravillosa. Se alimentarán con el maná de su doctrina, y se abrevarán con una paz soberana en esas fuentes de *agua viva*, que prometía el Señor sobre la tierra, á aquellos que consintieran en *creer en Él*. (1) Sentirán reposar sobre ellos la dulce claridad de su mirada llena de los fuegos de la luz eterna. Y encontrarán en Jesucristo mas hermosura y mas amor que todo lo que podían desear en otro tiempo sobre la tierra; porque todas las aspiraciones de las almas santas que están sumergidas todavía en las tinieblas de este mundo, son muy poca cosa sin duda, en comparación de las realidades inefables que reserva Dios en el cielo á sus escogidos.

Ahora bien: entre todos estos dichosos amigos de Jesucristo, nuestro José ocupará el primer lugar, como conviene á la *superioridad* maravillosa que el Eterno Padre ha querido confiarle, dándole sobre nuestro Señor los

(1) Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ. (Joan., VII.)

derechos de Padre. Los otros santos, comparados con José, son en cierto modo, como unos siervos fieles que se han fatigado durante largo tiempo, trabajando en el campo del padre de familia, para la vendimia ó la cosecha. Y siendo Jesucristo un amo lleno de justicia y de clemencia, no rehusará admitirlos íntimamente y para siempre en su presencia, reconociendo así por una recompensa suprema, el amor y el valor de que han dado tantas pruebas, trabajando esforzadamente en su servicio. Mas entretanto, se acordará que Señor San José tenía derecho sobre la tierra, á su obediencia, á su ternura y á su respeto; recordará que este gran Santo ha recibido durante muchos años, el poder de acercársele á toda hora, íntimamente sin testigos. Así pues, recompensará con beneficios mas magníficos, unos méritos de un orden distinto, y se dignará manifestarse mas á aquel que ya, durante su vida mortal, pesaba por la autoridad de su cargo, un acceso tan fácil cerca de Jesús.

Al lado de la Humanidad de Jesucristo, contemplarán los santos del cielo con un continuo júbilo á la Purísima María; porque ¿cómo sería posible que en el reino celestial, en donde todas las cosas llegarán á la *unidad*, estu-

viesen la Madre y el Hijo divididos y separados el uno de la otra? ¿Sería concebible, que Aquella que se mantuvo en pié con un valor indecible, junto á esa cruz en la que el Salvador lleva sobre sí el peso de nuestros crímenes, no fuese asociada á sus triunfos, ni se sentase á su lado en la alegría y la victoria? Así es que los santos fijan con amor sus miradas en esta amable soberana, á quien el Señor ha querido darnos por protectora y por Madre. Ya en la oscuridad de esta vida perecedera, los bienaventurados se esforzaban en conjeturar la maravillosa belleza y la gracia inmaculada que adornan á esta Reina de las celestiales falanges. ¿Mas qué son las imperfectas concepciones de nuestro destierro, en presencia de los esplendores de la patria? Los santos del cielo contemplarán á su Señora con un dulce arrobamiento, con un continuo éxtasis, y no cesarán de glorificar al Creador, cuya sabiduría ha concebido, y cuyo poder ha formado esta obra maestra inimitable.

Mas ¿qué diremos de Señor San José, cuando se trata del conocimiento y de la contemplación de María? ¿Qué diremos del compañero fiel, del Esposo de la Virgen siempre pura? Si las glorias del cielo están en relación con las gracias de la tierra, ¿cuál será pues,

ahora la felicidad de Señor San José, y quién podría comprender con qué plenitud le manifiesta su Esposa esta Alma sin igual que los querubines y los serafines no bastan á celebrar? Los otros santos son *como sus hijos*; y la Madre llena de misericordia y de bondad, no se desdenea de inclinarse hácia estos hijos de su ternura, á fin de murmurar al oído de su alma esas palabras divinas que causan una santa embriaguez; mas José es *su Esposo*: el afecto de María para con él; debe presentar como otro *caracter* mas penetrante y mas íntimo; y debe, como á su Esposo muy amado, revelarle grandes secretos.

En fin, ¿qué más diremos? Con Dios, con Jesucristo y con María, ¿no poseen superabundantemente los santos del cielo, todos los bienes imaginables, y qué falta aun á su felicidad, para que sea cumplida y perfectísima? Es verdad que este beneficio inefable de una sociedad constante con María, con Jesucristo y con Dios, excede infinitamente á los méritos de nuestra pobre humanidad. Sin embargo, Dios, para colmar todavía mas esta medida mas llena y mas que llena, nos dará en el cielo por amigos y por hermanos á los ángeles y á los bienaventurados.

Los santos vivirán juntos en grande intimi-

dad, y en una amistad sin interrupción y sin reserva. Comunicanse mutuamente los unos con los otros, sin ningún encogimiento de egoismo, todos los dones que se han recibido de la liberalidad divina, á fin de que, lo que es de cada uno, venga á ser el tesoro y la riqueza de todos. ¡Qué festín tan variado no encontrará cada santo en la conversión de tantas almas tan perfectas y tan puras! Es una gran fortuna sobre la tierra, cuando podemos encontrar para regocijar nuestro corazón una alma santa que se digne descubrirse y manifestarse á nuestras miradas. Y sin embargo, ¡cuántas manchas hay aquí abajo, en las almas más puras! ¡Cuántos negocios vanos y vulgares se interponen sin cesar entre aquellos que desean conocerse, hablarse y amarse tiernamente en el Señor! ¿Qué será pues en el cielo, en donde nuestros amigos no tendrán imperfección ni mancha; en donde gozaremos sin interrupción de su presencia; en donde nunca les faltará tiempo para descubrirnos completamente todas las bellezas y todas las perfecciones con que el Señor los ha adornado?

A esta sociedad ya tan dulce, debemos juntar la presencia de los santos ángeles que conversarán familiarmente con los santos.

Los ángeles nos amarán y nos acariciarán con ternura; porque si la naturaleza de estos bienaventurados espíritus es más perfecta que la nuestra, un mismo Dios, un mismo Jesucristo, una misma Emperatriz y soberana, y también, la larga sociedad de sus auxilios y nuestras alabanzas, confundirán en una sola ciudad bienaventurada estos dos ejércitos llenos del deseo de alabar á Dios. Los ángeles serán como *los hermanos* de los santos, y se harán una alegría introducirlos en todas las maravillas de los reinos celestiales; porque si ellos son sus primeros poseedores, la divina misericordia nos establece allí después de ellos á fin de reinar para siempre.

Mas José, en medio de la multitud de los bienaventurados y de los ángeles, ¿no tendrá alguna prerrogativa de honor que le merezca doblemente el esplendor de la santidad que posee y las funciones tan augustas que ha recibido del Señor, para con Jesucristo y María? Los santos del cielo, ¿se limitarán á tributarle esos homenajes puramente de benevolencia, y esa fraternal amistad que conviene á *los iguales*? ¡Ah! guardémonos de creerlo. Es propio del infierno el no conocer ningún orden: *Ubi umbra mortis et nullus or-*

do; sed sempiternus horror inhabitat. (1) Y es propio de la Iglesia celestial el poner cada cosa en su lugar, y honrar muy dignamente á los que son dignos de respeto y de alabanza. Si ya la Iglesia de la tierra rodea á Señor San José de homenajes tan piadosos y de glorificaciones tan brillantes, ¿qué será cuando los primeros bosquejos de la Jerusalén eterna hayan llegado á su última perfección?

¿Y los ángeles? ¡Qué fiesta será para ellos el poseer, en medio de sus falanges, á este José cuya perfecta pureza imitaba su inocencia! Si ya, durante el tiempo de su destierro, y cuando el peso de una carne corruptible se oponía aun á la completa iluminación de su alma, los espíritus bienaventurados se complacen en ponerse á su servicio, y en hacerle por orden del Señor, las visitas que leemos consignadas en los Sagrados Evangelios, y otras muchas sin duda, cuyo recuerdo no nos han conservado los escritos inspirados. Si ya, durante la vida mortal de José, los ángeles, atraídos por sus virtudes, venían á instruirle en sus dudas, y á revelarles los misterios sobre los cuales tenía necesidad de ser ilustrado. ¿Qué no harán ahora que José está re-

(1) Job., X.